
CAPITULO LVIII.

LA DESORGANIZACION DEL EJÉRCITO FRANCÉS.

Día 28 de Setiembre.

Mientras con toda esta ciencia, arriba referida, disponian los alemanes su irrupcion, y con todo este arte la ejecutaban, el Imperio, que era una organizacion esencialmente guerrera; el Imperio, que todo lo sacrificara al ejército; el Imperio, que hiciera de Francia un campamento, de París un cuartel, estaba completamente falto de administracion militar, pecando por una torpeza tan grande y unos descuidos tan crasos que bastarian por sí solos á explicar sus fabulosos desastres. Ahora que la luz ha penetrado en las Tullerías y en sus misteriosos archivos, comprende el ánimo cuán triste suerte se deparan los pueblos que abdican la direccion de su vida, la propia conciencia en manos de un César, imposibilitado por necesidad inevitable, imposibilitado de abarcar en sus almas el espacio inmenso que han menester para desarrollarse las complicadas sociedades modernas. Los papeles, los telégramas que han caído en poder del gobierno provisional, prueban la anarquía de aquel gobierno que se habia eri-

gido en providencia de un gran pueblo, la incapacidad de aquel hombre que á sí mismo se habia juzgado un Dios, cuando mandaba callar hasta el lenguaje del pensamiento, esa eterna revelacion que ilumina toda la historia.

Al acaso recógense en todos estos documentos pruebas plenas de la capacidad imperial. Las gentes de las reservas llegan sin tiendas, sin abrigo, sin zapatos, á las órdenes del general Faily en Chaumont. El 18 de Agosto anuncia el Emperador desde Chalons que Bazaine carece de municiones en Metz para sus ametralladoras. El 23 se cruzan varios telégramas entre el campamento imperial y el gobierno de la regencia, porque ni uno ni otro saben quién ha de nombrar los oficiales de caballería necesarios para cubrir las vacantes.

Otro general desde Bitche, al principio de la campaña, cuando el gobierno recoge á manos llenas el dinero proporcionado por el empréstito nacional, anuncia que no tiene un franco para ocurrir á las primeras necesidades de

sus tropas. Los billetes de banco no corren. Las cajas públicas están vacías. No hay para qué hablar de las cajas militares. Cuando el sitio de Metz comienza, el general en jefe anuncia que no tiene género alguno de provisiones, ni de guerra, ni de boca. Hasta la sal escasea. Otros generales piden mapas y los reciben de territorios alemanes sin que alcancen ni uno solo del suelo donde van á operar. No hay en depósitos franceses mapas de las fronteras de Francia. El general Michel llega á Belfort y no encuentra su brigada, ni tiene medio de averiguar qué se ha hecho su general de división, ni qué camino sus regimientos han tomado. En los arsenales no hay revolvers. Cada oficial recibe sesenta francos para procurarse esta arma indispensable y no la encuentra. El jefe del cuarto cuerpo de ejército telegrafía desde Thionville que no tiene botiquines, camillas, cantinas, ni carros para bagajes. El gobernador de Toul anuncia que la plaza está por completo desguarnecida. El tercer cuerpo se queja en cuanto llega á Lorena, de que no ha encontrado enfermeros, ni empleados de la administración militar, ni furgones, ni hornos de campaña, ni instrumentos de trabajo para sus ingenieros. En Mezieres y Sedan no hay el 25 de Julio pan de munición. El intendente militar busca panaderos y no los halla. Para ciento veinte mil hombres solo cuenta con treinta y ocho. Así los soldados comen galleta dentro de las poblaciones. A su vez la armada que ha de operar en las aguas del Báltico no recibe cartas, mapas, ni de los mares ni de las costas. El intendente del primer cuerpo no logró ver al subintendente, ni un trabajador, ni un ingeniero, ni arreos siquiera para aparejar las caballerías y arrastrar los cañones. El 27 de Julio ignora el Emperador qué hace Douay, cuya presencia en el Bajo Rin es de todo punto indispensable. Cuando Mac-Mahon piensa en retroceder, operación que hubiera salvado á París, dándole un gran ejército para operar entre las fortificaciones, la Emperatriz y su consejo de regencia se opo-

nen fuertemente. Y en vano piden á esa misma regencia auxilios todos los cuerpos de ejército.

El primero contiene un zapador, un peon. El coronel del primer tren de artillería recibe ochocientos arreos; pero de ellos quinientos tan estrechos que para nada sirven. Se ven brigadas que no tienen marmitas, ni fiambreras, ni medio alguno de cocer y servir el rancho. Para toda la caballería del sexto cuerpo de ejército sólo han mandado un veterinario. Cuando los artilleros reciben órdenes de clavar las piezas, ven que no cuentan con los útiles indispensables á esta operación tan frecuente en la guerra. Al acercarse los prusianos á Estrasburgo no podía conseguir el gobernador que se armara la milicia; y al comenzarse el sitio de Verdun, cuatro mil hombres valerosos no tenían provision ninguna. ¿Qué más? El ocho de Agosto el ejército del Rin pedía raciones, y el campo de Chalons donde estaba concentrado un gran estado mayor, nada podía enviarle y se contentaba con notificar á la regencia que allí mismo sólo había azúcar y café. Un general que reclamó un wagon de cartuchos, recibió un wagon de zapatos. Todos los prefectos anunciaban que los voluntarios pedían armas y á todos se les negaba el Imperio. No eran consentidos ni siquiera los francos tiradores como antes no se hubiera la administración cerciorado de su afecto á la dinastía expirante.

El prefecto de Perpignan se queja de que no puede contener la opinión pública indignada de ver cómo se regatean armas al pueblo cuando la patria está en peligro. El prefecto de Lyon declara al gobierno de la Emperatriz que él pueblo no acierta á explicarse cómo hay despues de tantos desastres guarniciones numerosísimas en las ciudades más importantes. La confusion es tan grande que Saint-Omer pide que le envíen seiscientos arneses y no le envían ni sillas ni bridas.

Dejemos ya estas miserias. ¿Para qué mayores enseñanzas?

Hé ahí lo que significa, lo que importa, lo que vale un gobierno sobrehumano, un gobierno semi-divino, un gobierno cesarista, que se arroga la omnipotencia social, que piensa por todos los ciudadanos, que pide el

misterio y las tinieblas para asegurarse de su infalibilidad, y que despues de haber adormecido á un pueblo con el ópio de la tiranía, lo despierta para que se salve por su propio esfuerzo, cuando ya lo ha precipitado en los abismos.

CAPITULO LIX.

REVELACIONES.

El carácter de Napoleón, por muda que esté su conciencia, el recuerdo de tantos desastres debidos á su torpeza, el sentimiento de la infamia unida á su nombre le impulsaron á concluir con su existencia, buscando en un veneno la muerte oscura y deshonrosa, cuando tan fácil le hubiera sido encontrarla, si no con gloria, con alguna honra en los campos de batalla. Dos dias estuvo meditando el proyecto y dos horas estuvo como muerto. La diligencia de sus domésticos y el arte de un médico prusiano le devolvieron á una vida que sólo á sus enemigos interesa.

Sí, digo esto porque el Rey Guillermo tuvo la audacia de proclamar ante la faz del mundo, que sólo reconoce por dueño de Francia al Emperador Napoleón y que el general defensor de Estrasburgo, Ulrico, y el general defensor de Metz, Bazaine, habian convenido en la misma idea. Esta audacia monárquica ha sido contrastada por la opinion democrática de Alemania. El Rey de Prusia ha contestado á esta palabra de reconciliacion y de paz encerrando á Jacobi en oscuro calabozo. Carlos Vogt,

CAPITULO LIX.

REVELACIONES.

Dia 29 de Setiembre.

Los periódicos alemanes traen hoy una inesperada noticia. Napoleón ha querido suicidarse. Las emanaciones de los cadáveres sembrados por su ambicion, los gritos de las infinitas familias desposeidas de sus más caras prendas; el chisporroteo de los incendios; la agonía de la gran nacion que estúpidamente le confiara sus destinos, han por fin deramado en el alma impasible del César la sombra letal del remordimiento. A estas causas generales de dolor se ha unido la carta de Wimpfen que arroja sobre su frente la deshonra de Sedan. Sólo Napoleón, sólo él, anticipándose á enarbolar la bandera blanca, impidió que noventa mil hombres, todavía intactos, atravesaran las líneas prusianas y fueran á socorrer á Metz, á salvar á Estrasburgo. El terror á su propio ejército, la esperanza de una reconciliacion con su enemigo, el deseo de salvar su trono le aguijonearon para cometer una gran traicion á su patria y entregar cien mil hombres todavía útiles al soberbio vencedor. Por frio que sea

el carácter de Napoleón, por muda que esté su conciencia, el recuerdo de tantos desastres debidos á su torpeza, el sentimiento de la infamia unida á su nombre le impulsaron á concluir con su existencia, buscando en un veneno la muerte oscura y deshonrosa, cuando tan fácil le hubiera sido encontrarla, si no con gloria, con alguna honra en los campos de batalla. Dos dias estuvo meditando el proyecto y dos horas estuvo como muerto. La diligencia de sus domésticos y el arte de un médico prusiano le devolvieron á una vida que sólo á sus enemigos interesa.

Sí, digo esto porque el Rey Guillermo tuvo la audacia de proclamar ante la faz del mundo, que sólo reconoce por dueño de Francia al Emperador Napoleón y que el general defensor de Estrasburgo, Ulrico, y el general defensor de Metz, Bazaine, habian convenido en la misma idea. Esta audacia monárquica ha sido contrastada por la opinion democrática de Alemania. El Rey de Prusia ha contestado á esta palabra de reconciliacion y de paz encerrando á Jacobi en oscuro calabozo. Carlos Vogt,

ilustre filósofo, gloria científica de toda Alemania, ha defendido la misma idea y alzado su elocuentísima voz contra las conjuraciones diplomáticas, que tengan por objeto destruir la República y desmembrar la Francia. Tal vez el Rey Guillermo prenderá también al ilustre filósofo que no tiene el escudo de la inviolabilidad parlamentaria; pero no, no podrá prender la gloriosa idea por él sostenida, la idea humanitaria que, levantándose sobre el estrecho espacio de los pueblos, sobre las mezquinas preocupaciones de las razas, fija sus ojos en el sol de la justicia. Si el gobierno prusiano cree que puede matar á Francia, el gobierno prusiano se engaña. De generación en generación se transmitirán la palabra «venganza» los franceses oprimidos; y son terribles las venganzas del derecho.

Día 30 de Setiembre.

La noticia del día, ó mejor dicho, el documento del día, es la nota de Julio Favre dando cuenta á sus compañeros en el Gobierno Provisional de la entrevista con Bismark. Es un modelo de diplomacia democrática. La austera franqueza es su fondo; la sencillez su forma. El espíritu de un pueblo entero habla por su boca. El gran orador no excusa amarguras, peligros; hasta humillaciones para procurar á su patria la paz tan deseada del mundo. Quería ver por sus ojos y con sus propias manos tocar la fría serenidad de esas almas de mármol, indiferentes á los dolores de la guerra. El paso entre las avanzadas prusianas, el espectáculo de las campañas desiertas, de los hogares saqueados le asesinaban el alma. Pero fuerte en su conciencia, deseoso de servir á su patria, seguro de que la historia sólo registra con aplauso los servicios que en bien del género humano ceden, apuró todos sus dolores y llegó hasta el término de su larga calle de amargura. Era necesario dar este triste paso antes que el asedio de París comenzara, y Julio Favre lo dió. Parece uno de esos hombres con que la Providencia consuela á los pueblos en sus catás-

trofes, é ilumina la historia en las épocas de triste decadencia. Así debía ser Kociusko sobre el cadáver de Polonia; así Manin bajo las bombas de los austriacos en Venecia espirante. El tiene la honra de haber interrogado á la esfinge de la política prusiana y haber revelado al mundo que esa esfinge sólo guardaba la proterva idea de renovar los tiempos de conquista. Favre corre de un lado al otro, de una ciudad á otra ciudad, para exponer al vencedor su pensamiento y pedirle, en nombre de la humanidad, en nombre de la civilización europea, una paz honrosa á todos y saludable al mundo. En un castillo, cuyo parque estaba arrasado, cuyos muebles destruidos, entre montones de escombros, se encontraron el hombre que representa la idea democrática moderna y el hombre que representa la idea monárquica antigua. El plenipotenciario de la República francesa dijo muy alto que, destruido el gobierno de la autoridad y de la conquista, las nuevas instituciones nacidas de la revolución sólo representan la libertad y la paz. Bismark reconoció el deseo sincero en la oposición de procurar la paz durante el imperio; pero añadió, que convertida la oposición en gobierno estaba á merced del populacho y el populacho jamás convendría en nada razonable. Favre protestó contra esta palabra y dijo que el pueblo de París es un pueblo lleno de nobles sentimientos y adherido á la República. En cuanto al gobierno, su decisión era irrevocable; entregar el poder á la Asamblea libremente elegida por toda Francia. Esa Asamblea, replicó Bismark, si representa á Francia, representará la guerra, porque desde los tiempos de Luis XIV, sólo ha tenido Francia una idea, la conquista de Alemania. La última Asamblea acogió con vítores y aplausos la declaración de guerra. La Asamblea última, dijo Favre, representaba al Emperador y por eso quiso la guerra; si hubiera representado al pueblo, proclamara la libertad y la paz. Apretado por Julio Favre; cons-

treñido casi á declarar sobre las condiciones de la paz; demandó los dos departamentos del alto y bajo Rhin con una parte del departamento del Mosela, en cuya parte debía comprenderse á Metz. Las nuevas ideas, el derecho público moderno, la necesidad de consultar el voto de los pueblos, la evidencia de que este voto sería contrario siempre á las anexiones, la autoridad exclusiva de la Asamblea en la cesión de territorio; el propósito del Gobierno Provisional de sucumbir antes que ceder á la deshonra; la alarma de Europa amenazada por una nueva era de conquistas; la imposibilidad de que ningún francés convenga de grado en desmembrar á Francia; el peligro de una guerra eterna, todo fué lucidamente expresado por Favre con ánimo de mover á razón el implacable espíritu de su adversario. Cuando vió el ministro francés la tenacidad del ministro prusiano, su voluntaria ceguera ante ese cúmulo de dificultades le dijo: «Luego quereis destruir á Francia.» Bismark protestó de que no era ese su pensamiento. «Pues dejadnos reunir la Asamblea.» Bismark, después de dos nuevas entrevistas, se decidió al armisticio, pero con

tales condiciones, como la rendición inmediata de Estrasburgo, la posesión de un fuerte en París, que Favre no podía aceptar sin convenir definitivamente en que Francia y su poder, y su honra y su independencia y su vida, estaban á merced del vencedor completamente.

Las exigencias del prusiano fueron casi incontrastables. Una lágrima rodó por las mejillas del gran orador francés, lágrima que encerraba todo un Océano de dolores. Pero ¡ah! esa lágrima contiene el alma de un pueblo como el mar de lluvia que humedece la atmósfera, y refrigera la tierra, y conserva la vida. Esa lágrima no puede evaporarse. Es una nube, pero una nube henchida de ideas. Todos los redentores, todos los salvadores han llorado. La lágrima que rueda por las mejillas de Favre, es más beneficiosa que la sangre, cuyas gotas destilan de las manos de Bismark. Francia no puede correr la suerte de Polonia; si tal sucediera, la civilización emigraría de Europa, dejándola abandonada á merced de la fuerza, y en las orgías de la conquista.